

# REPORTAJE

26 de septiembre,  
Jornada Mundial del Migrante  
y del Refugiado

## Los otros no, nosotros

**S**e llama **Eduardo Camavinga**, y es el futbolista de moda. Tiene 18 años y juega en el Real Madrid. El equipo blanco lo ha fichado este verano procedente del Rennes por 31 millones de euros: un dineral para quienes viven ajenos al mundo del deporte rey, un precio medio para quienes saben de las millonadas que se pagan hoy día por los jugadores. Además de por su calidad y juventud, su importancia radica en que no ocupa plaza de extracomunitario (la UEFA solo permite tres jugadores de fuera de la UE en cada equipo, algo que hay que tener en cuenta a la hora de confeccionar las plantillas) y ello se debe a que Camavinga tiene la nacionalidad francesa. Bueno, a decir verdad, el mediocentro de moda tiene tres pasaportes: el francés, el angoleño y el congoleño. Este último porque sus padres son de allí, del antiguo Zaire; el angoleño porque él nació en un campo de refugiados ubicado en el enclave de Cabinda, al que la familia llegó huyendo de la

guerra y la pobreza; y el francés porque hace unos años la familia entera —cinco hermanos en total— tuvo la fortuna de poder emigrar a Francia y comenzar una nueva vida.

Sí, hasta no hace mucho Camavinga era un inmigrante más, como tantos otros deportistas de éxito —bien se ha podido comprobar en los últimos Juegos Olímpicos—, igual que los que vemos por las calles de nuestras ciudades.

Este domingo 26 de septiembre la Iglesia católica celebra la 107 Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado, y lo hace bajo el lema «Hacia un nosotros cada vez más grande». En su mensaje para la misma el Papa **Francisco** invita a los cristianos a construir un mundo en el que «no haya más «otros», sino solo un «nosotros», grande como toda la humanidad». Como con Camavinga, como con los demás deportistas de élite. Y lo hace, siendo plenamente consciente de que la construcción del mundo de fraternidad que invoca, y que bebe del mismísimo Evangelio, tie-



Las religiosas Esclavas del Sagrado Corazón de San Sebastián tienen acogidas a tres mujeres y tres niños.

ne firmes opositores, tanto fuera como dentro de la Iglesia. De ahí que acto seguido denuncie «los nacionalismos cerrados y agresivos» y el «individualismo radical» que obstaculizan la edificación de este sueño de fraternidad. El Santo Padre, inmigrante también él, insiste una vez más en la necesidad de construir puentes que favorezcan «la cultura del encuentro», para lo cual —recalca— hay que «superar nuestros miedos» y «dejarnos enriquecer» por los demás.

Gran parte de culpa de esos «miedos» de los que habla el Papa la tiene la imagen que de los inmigrantes transmiten los medios de comunicación. Empezando por la idea equivocada de que llegan por mar en patera o saltando las vallas de Ceuta y Melilla. «La mayor parte de los migrantes entran a los países por los aeropuertos, y sin embargo la gente no tiene esa percepción, sigue creyendo que están todos en las fronteras y seguimos levantando muros», constata **Xabier Gómez OP**, director del Departamento de Migraciones de la Conferencia Episcopal Española.

Luego está, claro, la instrumentalización de la realidad migratoria con fines políticos, contraria a la enseñanza de la Doctrina Social de la Iglesia que proclama la dignidad de todo ser humano. «Una persona en situación de frontera o alguien que ha huido y está migrando —recuerda Gómez— está en una situación de vulnerabilidad. (...) Muchos países hacen de la inmigración y del migrante un chivo expiatorio para ocultar muchos problemas, para desviar la atención. Es instrumentalizar a los pobres, que son una diana fácil».

De un tiempo a esta parte son los propios gobiernos los que están vergonzosamente utilizando el drama de cientos de miles de hombres, mujeres y niños en una situación desesperada para obtener beneficios políticos. Y de una

manera cada vez más preocupante. Lo pudimos ver hace unos años con el primer ministro turco **Erdogan** utilizando a los refugiados sirios como moneda de cambio en sus disputas con la UE; lo hemos visto este verano en Melilla, aplicando Marruecos esta misma política en su contencioso con España; y lo estamos viendo ahora en Bielorrusia, cuyo presidente, **Lukashenko**, amenaza a Bruselas con permitir el paso de los afganos que huyen de los talibán a Polonia o las Repúblicas Bálticas en respuesta a las sanciones adoptadas por la Unión por su persecución a los opositores políticos. «Los conflictos entre Estados tienen que tener otros ámbitos de solución y de gestión», pide el director del Departamento de Migraciones.

### Cambio de mentalidad

El Papa Francisco insiste en que a los inmigrantes se les debe acoger, proteger, promover e integrar. Y eso es lo que están tratando de hacer las congregaciones y parroquias católicas cada vez en mayor medida. Aunque no es fácil. «La integración en las comunidades cristianas es un desafío grande, pues requiere trabajar en la mentalización de la gente de las parroquias, que a veces tienen miedo y reciben mensajes tóxicos sobre la migración», reconoce el propio Gómez.

En septiembre de 2015 Francisco hizo un llamamiento expreso a «cada parroquia, cada instituto religioso, cada monasterio», para que acogiera a una familia de refugiados. Ese mismo año —el de la icónica foto del niño **Aylán** ahogado en una playa de Turquía— la archidiócesis de Madrid puso en marcha la Mesa por la Hospitalidad, una iniciativa que desde entonces busca animar y coordinar el

servicio que se presta a las personas forzosamente desplazadas. (Desde octubre de 2018 hay otra en Zaragoza aunque su funcionamiento difiere del de Madrid, y son numerosas las iniciativas de acogida en marcha en las distintas diócesis en función de la idiosincrasia del fenómeno migratorio en cada una de ellas).

Participada por siete entidades —la Comunidad de Sant'Egidio, Justicia y Paz, Cáritas, Confer Migraciones, Pueblos Unidos (Jesuitas), Sercade (Capuchinos) y la Delegación Episcopal de Movilidad Humana—, la Mesa por la Hospitalidad de Madrid se encarga, entre otras cosas, de ofrecer acogida de emergencia a inmigrantes y refugiados en situación de calle en coordinación con las entidades (eclesiales o civiles) que las acompañan. Se trata de un «servicio de emergencia», es decir, pensado para una estancia temporal, no permanente, que se procura no exceda más allá de un mes, mes y medio a lo sumo.

«Desde que empezamos, el 27 de junio de 2018, en los diez y once espacios con los que contamos, la mayoría facilitados por parroquias, hemos acogido a unas 700-800 personas. Dentro de la modestia de nuestra tarea, se trata de un gesto profético, de Iglesia samaritana, que hacemos bajo el lema “Desde la calidad y desde la calidez”», nos dice **Rufino García**, delegado desde 2016 de la Pastoral de Movilidad Humana del arzobispado de Madrid.

El padre García subraya lo positiva que es una experiencia de acogida que —recalca— «nos enriquece como personas, como Iglesia y como sociedad». «Nos lo dicen las comunidades y parroquias que acogen: “Esto nos ha enriquecido, hemos visto el rostro de personas, no las noticias que dan en la tele, les hemos visto a ellos y hemos escuchado sus relatos». Para el delegado, los medios pueden cumplir un gran papel en el tema de las migraciones «simplemente siendo objetivos». «Hay quien dice que con estas prácticas de acogida se produce un “efecto llama-

Xabier Gómez OP, director del Departamento de Migraciones de la CEE.



## Rufino García: Los medios pueden hacer un gran papel en las migraciones «simplemente siendo objetivos»

da”. Pero también quien responde que “efecto llamada” no hay, que lo que hay es un “efecto huida”, porque la gente no puede vivir en sus países y, sencillamente, sale. Con que se haga un discurso realista y positivo, ya se está haciendo un gran servicio».

**María Luisa Jiménez**, Carmelita de la Caridad Vedruna en Pan Bendito (Madrid), corrobora la alegría y el enriquecimiento que supone la acogida a estas personas. «Para nosotras supone un cierto trabajo, pero conlleva una riqueza grandísima. Compartir con ellos te hace ver todos los valores que tienen, su afán de lucha, de superación, de cumplir unos sueños, de luchar por su familia. Para nosotras es un estímulo».

La hermana María Luisa, nacida en Ronda (Málaga) pero criada en Sevilla —el acento la delata—, es una de las cinco hermanas que integran esta comunidad del sur de la capital. La casa en que viven aporta cinco plazas al servicio de emergencia de la Mesa por la Hospitalidad. «Comenzamos en 2018. Había muchas personas que estaban en situación de calle en muchos momentos y nosotras teníamos espacio. Pensamos que teníamos que ayudar. Desde entonces por aquí han pasado ya unas 11 o 12 personas: una camerunesa, varios marroquíes, senegaleses, incluso un canadiense, hombres y mujeres jóvenes cuya media de edad estará en torno a los treinta años más o menos».

La superiora de la casa, **Carmen Carrandi**, asturiana, recuerda que el carisma de la congregación «nos dice que debemos ser una casa de puertas abiertas», así que «la acogida a todas las personas es algo que llevamos muy dentro».

Aunque las suyas son plazas para emergencia, esto es, hasta que se encuentre un acomodo a esas personas en situación de calle, lo cual se puede prolongar «unos días, una semana o varios meses», durante el confinamiento tu-



vieron a alguna persona más tiempo. «Hemos llegado a tener a un chico durante cuatro meses, hasta que hallaron un espacio para él, pues no era fácil: tenía que ir a diálisis tres veces por semana», relatan.

### Acogida de mujeres maltratadas

Pero la acogida en la Iglesia, claro está, no se circunscribe únicamente a la situación de emergencia. Tras ella vienen el acompañamiento, la promoción y la integración. El Proyecto Ödos es una iniciativa piloto puesta en marcha por una quincena de entidades —entre ellas la Universidad Pontificia Comillas, las Hermanas Hospitalarias, las Esclavas del Sagrado Corazón, el Servicio Jesuita a Migrantes, Cáritas, Villa Teresita, la Delegación Diocesana de Migraciones de Tánger, etc.— para proteger y ayudar a mujeres inmigrantes y menores que están en situación de vulnerabilidad.

¡Bien lo sabe **Marie** (nombre ficticio) y su hija de tres años, acogidas ambas por las Esclavas del Sagrado Corazón de San Sebastián a su llegada a España hace tres años! «Estuvieron viviendo con nosotras dos años y ahora ya están en un piso de alquiler con otra señora. Pero la niña todavía es apátrida. Nació por el camino, y su madre, por miedo, no la registró cuando llegó a España. Pese a los esfuerzos de Ödos, aún no le han conseguido papeles», nos explica **Ana Barredo**, superiora de la comunidad de las Esclavas.

En esta comunidad religiosa viven treinta hermanas mayores que acogen actualmente a tres mujeres —de Marruecos, Ghana y Honduras— con otros tantos niños, uno de nueve años y dos mellizos de dos. Madres e hijos iluminan con su alegría y vitalidad las estancias, confiesa la hermana Ana. «Les ofrecemos comida y alojamiento, pero el acompañamiento para su integración lo lleva Cáritas Guipúzcoa a través del Proyecto Miriam de ayuda a mujeres. Nosotras ayudamos matriculando a los niños en el colegio, con la sanidad, con el padrón (las empadronamos en casa) y otras cosas... pero es Ödos la que asume la parte más jurídica; por ejemplo, los trámites para la obtención de un pasaporte cuando carecen de él».

Dos de las tres mujeres acogidas por esta comunidad son víctimas de malos tratos, y a una de ellas, marroquí, ya se le ha concedido el asilo por este motivo. «¿Que qué supone para nosotras esta experiencia de acogida? Pues un regalo enorme. No es algo nuevo en nuestra Congregación, pero sí en esta comunidad. Mira, somos una comunidad de mayores que no puede hacer grandes cosas. Pero esto sí: acoger en nuestra casa y compartir todo lo nuestro con estas personas, sí. Tenemos una casa grande, aunque más gente ya no nos cabría», dice la hermana Ana. Y luego está la alegría que supone la convivencia. «Los niños mellizos cumplieron dos años el mismo día que una hermana



de 90 años, e hicimos una fiesta. En una comunidad de mayores no es fácil mantener siempre la alegría».

Las mujeres que vienen a esta y a otras congregaciones que colaboran con el proyecto han llegado normalmente en patera y han pasado antes por una primera fase de acogida en un primer centro en la que se han familiarizado con el idioma. Se trata de verdaderas luchadoras que hacen cuanto está en sus manos para salir adelante. «La primera chica que vino, la camerunesa, quería estudiar a toda costa. Aprendió castellano y el primer año obtuvo el título de Secundaria; el segundo año sacó el Curso de Acceso a la Universidad para mayores de 25 años; y este ha estudiado primero de Enfermería y ha aprobado todo».

El hecho de que algunas de ellas sean musulmanas supone también una experiencia enriquecedora para todos. «La chica marroquí que tenemos es musulmana, muy religiosa, y cuando llegó no era consciente de que venía a una casa de religiosas. Pero como ha sido tan bien acogida... Ha cumplido dos años con nosotras, está trabajando y podría independizarse, aunque está teniendo mucha dificultad para encontrar piso».

### Integración: entre fogones y platos

Este, precisamente, el del acceso a la vivienda, es uno de los grandes problemas a los que se enfrentan los inmigrantes. El otro es conseguir un trabajo estable. **Álvaro Martínez**, laico, 52 años, conoce bien esta problemática, especialmente la de aquellos chavales que al cumplir los 18 años no pueden estar ya en los centros de menores y

pierden casi todas las oportunidades de integración en la sociedad.

Álvaro empezó a conocer la realidad migratoria en su parroquia, como voluntario de Cáritas, y luego pasó a colaborar con el Equipo de Coordinación Operativa (ECO) de la Mesa por la Hospitalidad de Madrid. Allí —nos cuenta— los inmigrantes pasaban ante sus ojos. Tenía con ellos una relación de «tres, cuatro días, una semana, no más», pero no llegaba a conocer de cerca su situación personal. Con la pandemia, sin embargo, la cosa cambió. Al menos para él. El confinamiento de 13 personas en un piso de Cáritas, que siguió muy de cerca, hizo que se crearan unos «lazos muy fuertes» con ellos. Tanto que tiempo después acabó llevándose a su casa a dos que habían agotado las ayudas y cuyo futuro se adivinaba poco o nada halagüeño. Los acogió bajo su techo durante ocho meses.

Su firme compromiso por la integración de los exmenas (menores no acompañados) cristalizó en marzo de este año en un proyecto precioso: un restaurante. Se llama «La Magdalena», está en Madrid, en las inmediaciones de la Plaza de Castilla, y en él trabajan hoy seis de estos antiguos menores tutelados, la mayoría marroquíes.

«Para poder prosperar, estos chicos necesitan un contrato de un año, que si ya es difícil de conseguir hoy para un chico español, imagínate para ellos. Y yo les ofrezco ese contrato que necesitan para que les den la residencia y el permiso de trabajo. Trabajan conmigo hasta que encuentran empleo en otro restaurante y me dejan su puesto para otro chaval que necesita también una oportunidad. Tienen claro que la misma oportunidad que se les ha ofrecido a



ellos la tienen que tener otros chicos que están en esa situación», explica a ECCLESIA.

«La Magdalena» va bien. Los chavales han respondido. Venían con cursos de formación no reglada, pero recibieron formación en cocina antes de comenzar. Y lo mismo los camareros. «Funcionan todos fenomenalmente, y nos están muy agradecidos. Se crea un lazo muy fuerte. Me consideran un padre. El último día del padre fue increíble para mí», recuerda emocionado.

La del restaurante, no obstante, no ha sido la única iniciativa que ha puesto en marcha este licenciado en Magisterio («nunca ejerció») devenido en consultor informático. «Además del restaurante tengo un piso en la calle de Bravo Murillo donde viven nueve personas: cuatro de ellos son chavales del restaurante, otro está estudiando, y el resto es una familia ajena al proyecto pero que está en una situación muy difícil».

Afortunadamente, la suya no es una iniciativa aislada. «Por [el barrio de] Tetuán se ha abierto también un par de restaurantes de este estilo. Y se está poniendo en marcha una asociación, «El abrazo de la nieta», que está muy sensibilizada con este tema de los chavales, para acompañarles y echarles una mano».

### Migraciones, en positivo

Lo cierto y verdad es que muchas veces lo único que necesitan estos jóvenes para salir adelante es una oportunidad. No obstante, el constante bombardeo de informaciones negativas sobre ellos, no ayuda. Los hechos delictivos que protagonizan algunos se magnifican, mientras que los comportamientos ejemplares de otros —que también los hay— pasan prácticamente sin pena ni gloria. Por ejemplo, el año pasado apenas trascendió la noticia de que, en Huesca, un joven marroquí de 16 años que vivía en un centro de acogida con otros doce menores no acompañados había devuelto la cartera perdida por una señora, que contenía 385 euros. Otras, en cambio, sí. Esta misma semana, el Ayuntamiento de A Coruña ha concedido por unanimidad el título de hijos adoptivos de la ciudad a **Ibrahima Diack** y **Magatte Ndyae**, los dos inmigrantes en situación irregular que el pasado 3 de julio salieron en defensa de **Samuel Luiz**, el joven homosexual golpeado hasta la muerte. El gobierno español ya había premiado antes su ejemplar conducta concediéndoles el permiso de trabajo y de residencia. La concienciación está en la base de toda acción pastoral hacia los migrantes. Las Orienta-



ciones elaboradas por el Departamento de la CEE para promover a su integración llaman a trabajar la «cultura del encuentro» para que las parroquias se transformen en «comunidades acogedoras» en las que acoger, proteger, promover e integrar. Pero también a «transmitir por todos los medios posibles narraciones que muestren a la comunidad cristiana lo positivo que aporta la migración a las comunidades y a la sociedad».

Se trata, como dice el Papa, de caminar hacia un «nosotros» cada vez más grande e inclusivo. En su mensaje para la Jornada, los obispos de la Subcomisión Episcopal para las Migraciones y Movilidad Humana de la CEE piden también «una mirada amplia y esperanzadora» para poder tejer ese futuro común. «La Jornada nos pide una respuesta para elegir con qué ojos miramos», escriben. «Desde la seguridad encapsulada de una Europa en invierno demográfico, desde el baile de los juegos geopolíticos o los intereses partidistas, o con la mirada de nuestro Padre, que nos pide humanizar las crisis, responder socialmente con mirada a largo plazo desde el horizonte de la fraternidad humana, denunciando la instrumentalización del dolor y la pobreza».

El pasado 29 de junio el mar se cobró la vida de **Yamila**, una niña marfileña de cinco años que había embarcado en una patera junto a otras 34 personas. Excepto una mujer, todas perecerían. Yamila viajaba con una prima de su madre. Sus padres, inmigrantes en situación irregular en Francia, no pudieron hacer una reagrupación familiar de forma legal. Su desesperación hizo el resto. Tras casi tres semanas en el mar, la pequeña todavía vivía cuando un helicóptero localizó la barcaza, pero pereció en el aparato, cuando era trasladada a un hospital.

Yamila no tuvo la suerte del pequeño Camavinga, hace unos años refugiado en Angola y hoy futbolista de éxito. ●

---

José Ignacio Rivarés

🐦 @ecclesiadigital

## Los muros que denuncia el Papa Francisco

**D**ebemos «esforzarnos todos por derribar los muros que nos separan y construir puentes que favorezcan la cultura del encuentro», vuelve a pedir el Papa en su mensaje para la Jornada Mundial del Migrante y Refugiado de este año. Los muros a los que se refiere Francisco no son una ilusión: existen, son reales, truncan millones de vidas. Y lo que es más preocupante: cada vez son más numerosos. Hasta hace unas décadas, el único muro que conocía la gente era el «muro de Berlín», levantado por los soviéticos a la conclusión de la Segunda Guerra Mundial, el símbolo de la Guerra Fría que durante casi medio siglo enfrentó a las dos superpotencias del planeta. Cuando cayó, en 1989, existían 16 vallas como esa, hoy se calcula que son ya más de 70... Y se siguen levantando más.

Básicamente, hay tres clases de muros: los que nacen por motivos defensivos (por ejemplo, en las fronteras de India/Pakistán, Marruecos/Sáhara, Arabia/Kuwait, Turquía/Irak y Siria, y muchos otros), los anti-inmigrantes (las vallas de Ceuta y Melilla, la de Evros en Grecia, la del Sinaí en Israel, la de la frontera de Botswana y Zimbabue, la de la frontera turco-búlgara, etc.), y por último, los erigidos en el interior de algunas ciudades para separar sus comunidades, divididas por motivos de religión (en Irlanda del Norte), etnia (el gueto de población romaní que el Papa Francisco acaba de visitar en Eslovaquia es un buen ejemplo) o, simplemente, nivel de renta.

En Lima, por ejemplo, hay una cerca que a lo largo de diez kilómetros separa una de las urbanizaciones más ricas de la ciudad (Las Casuarinas) de los pueblos-miseria anexos, cuyas chabolas carecen de luz y agua; en Río de Janeiro un muro de once kilómetros delimita desde 2009 el perímetro de las once favelas ubicadas en la zona noble de la ciudad; y en Padua una valla de metal de 84 metros de longitud por tres de altura separa desde 2006 a los residentes de una zona de inmigrantes especialmente conflictiva. La lista es larga.

Los muros son esencialmente hoy los lugares en los que se produce el descarte de los pobres. Y por eso mismo, su existencia interpela a los cristianos, obligados a acoger al hermano necesitado. La desesperación y la pobreza no entiende de riesgos. Hasta el verano, el mar se había cobrado más de 2.000 vidas de migrantes solo en nuestro país.

Es hora de preguntarse realmente qué tipo de sociedades queremos construir: si las de los muros y el miedo, o las de la acogida y la hospitalidad evangélicas. ●